



---

## La misión de la autoridad y de la obediencia

---

Muy queridas hermanas:

Hoy, la Iglesia y el mundo piden a la vida consagrada que busquemos y demos testimonio de maneras de vivir en una solidaridad más profunda con todas las criaturas de nuestra Casa Común. Cada uno de los seres que vive en esta Casa Común está conectado a los demás y contribuye con su existencia a mantener la vida de los demás porque forman parte de un sistema orgánico. Reconocen la existencia de otras criaturas, se adaptan a los ritmos del orden creado y, cuando observamos su existencia, nos permiten alabar y dar gracias a Dios, nuestro Creador. Esta interrelación es una cooperación para la protección mutua y la supervivencia. Así como todas las criaturas contribuyen a la casa común a través de su existencia individual y sus roles, también nosotras, como seguidoras de Jesucristo que vino a hacer la voluntad del Padre y Creador, somos una sola Familia en Él y trabajamos por el bien común a través del amor fraterno y el servicio solidario.

Os invito a reflexionar sobre el modo en que, a través de nuestra identidad religiosa marianista, podemos contribuir a nuestra Casa Común desde el sistema orgánico de la Congregación. La solidaridad debe empezar, en primer lugar, por nuestras hermanas, con nuestra "interrelación" y conforme al espíritu de las "Misioneras de María al cuidado de la vida". Nuestra misión de difundir en el mundo el carisma que hemos recibido de nuestros Fundadores, comienza con la aceptación y el cuidado mutuo dentro de la comunidad.

Al prepararnos para celebrar nuestra fiesta patronal, quisiera que reflexionemos a este respecto a través de uno de los consejos evangélicos con los que nos comprometemos: el voto de obediencia.

### La obediencia de María permite que Dios realice su plan de salvación

El relato de la creación del Génesis nos presenta la armonía y la bondad con la que Dios llama a la existencia a todas las criaturas. Entre Dios y su creación, incluidos los seres humanos, hay una relación especial, de cercanía llena de amor. *Cada criatura es objeto de la ternura del Padre, que le da un lugar en el mundo (LS 77)*. Así, cuando la tierra y todos los seres vivientes han sido creados, Dios quiso culminar su obra creando al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza para que con su inteligencia y sus capacidades cooperase al cuidado y el equilibrio de toda la creación. Pero la armonía y la interconexión se rompieron por la desobediencia de Adán y Eva. Los relatos bíblicos nos muestran cómo Dios busca una y otra vez caminos para la salvación y para un nuevo comienzo (cf. LS 71). La fiesta de la Inmaculada Concepción nos señala precisamente la victoria de Dios sobre el pecado. De manera misteriosa, esta victoria tuvo su inicio de forma anticipada en la Santísima Virgen María: la Mujer que, a diferencia de Adán y Eva, escuchó y respondió a Dios con humildad: *He aquí la esclava del Señor*, y acogió su voluntad: *Hágase en mí según tu palabra (Lc 1,38)*. Nuestro voto de obediencia como Marianistas, *el «sí» que nosotras repetimos cada día, nos introduce en el que María, en nombre de la humanidad, pronunció en la Anunciación, y nos asocia*

a su misión. (RV I.33). La misión de María es dar a Jesús al mundo para que Él reconcilie a las personas con Dios, entre sí y con la creación. Jesús, hecho Hijo de María, por su obediencia al Padre tiene el poder de restaurar todas las relaciones que devuelven la unidad y la armonía en Dios.

## **La obediencia de Jesucristo**

El Nuevo Testamento nos habla en numerosos textos de la obediencia de Jesús y su poder transformador. Jesús dice: *"He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado"* (Jn 6,38). La obediencia de Jesucristo es a la voluntad de Dios Padre. Jesús, siendo Dios, renunció a su condición y se hizo hombre, se humilló hasta la condición de siervo y se ofreció en sacrificio a Dios. Y fue obediente por nosotros hasta la muerte en la cruz (cfr. Fil 2, 7-8). "Siguiendo el ejemplo de Jesucristo", que cumplió la voluntad de Dios Padre en todo momento, la obediencia en la fe a aquellos a quienes se ha confiado la autoridad en la Iglesia es un camino que nos lleva a "caminar con Dios Padre". *"Esto es lo que quiere expresar la persona consagrada de manera específica con este voto, con el cual pretende atestiguar la conciencia de una relación de filiación, que desea asumir la voluntad paterna como alimento cotidiano (cf. Jn 4, 34), como su roca, su alegría, su escudo y baluarte (cf. Sal 18[17], 3). Demuestra así que crece en la plena verdad de sí misma permaneciendo unida a la fuente de su existencia y ofreciendo el mensaje consolador: «Mucha es la paz de los que aman tu ley, no hay tropiezo para ellos» (Sal 119[118], 165)"* (Vita Consecrata, n. 91).

## **Autoridad y obediencia para la misión común**

El servicio de la autoridad y la obediencia no se pueden entender de forma separada ya que tienen un mismo propósito. Esta tarea unificada se lleva a cabo de diversas maneras, a través de roles recíprocos y cooperación. *"En el intento de hacer la voluntad de Dios, autoridad y obediencia no son, pues, dos realidades distintas ni muchos menos contrapuestas. Son dos dimensiones de la misma realidad evangélica, del mismo misterio cristiano; dos modos complementarios de participar de la misma oblación de Cristo. Autoridad y obediencia están personificadas en Jesús. Por eso han de ser entendidas en relación directa con Él y en configuración real con Él. La vida consagrada intenta simplemente vivir Su Autoridad y Su Obediencia."* (El servicio de la autoridad y la obediencia n.12).

La autoridad de la Congregación se concreta en las mediaciones humanas que nos guían en la obediencia a Dios, especialmente la Regla de Vida, las superiores, la comunidad, y los documentos dados por los Capítulos Generales o de Unidad. Por lo tanto, el servicio de la autoridad y la obediencia no se fundamenta en criterios personales, sino que constituye una respuesta guiada por criterios comunes para buscar juntas la voluntad de Dios. El Espíritu, que debemos pedir insistentemente, asiste a quien sirve como autoridad y a quien obedece. Con esta conciencia, nos comprometemos a realizar la misión que se nos confía a través de la mediación y según las normas. (cfr. El servicio de la autoridad y la obediencia n.11). Nuestros Fundadores siempre estuvieron atentos a los signos de los tiempos, que son otro medio por el que Dios nos comunica su voluntad. Cuando reconocemos y respetamos todas estas mediaciones, podemos experimentar la unidad con nuestras hermanas, el cuidado mutuo que nos hace pasar del "yo" al nosotros.

## **Envío para la Misión Marianista**

Todas nuestras actividades están enmarcadas por la misión común y la obediencia a la autoridad de la Congregación. Cualquiera que sea la actividad o la presencia que se nos pide en cada momento, es la Congregación quién nos envía. Vivir la misión implica siempre referirse a quien envía y al propósito para el que se envía. Quien obedece, a ejemplo de Jesús, hace de toda su vida una misión y está a salvo de convertirse en una isla que trabaja por cuenta propia. (cfr. El servicio de la autoridad y la obediencia n.23).

Necesitamos una fe como la de María para ser capaces de confiar en la mediación que nos envía y creer que de este modo colaboramos a que se haga la voluntad de Dios, su plan de salvación para la humanidad y toda su Creación. Necesitamos reconocer que ésta es una primera forma de ser solidarias, en respuesta al clamor de la Tierra y de los pobres de nuestro tiempo. Empecemos por nosotras mismas como religiosas comprometidas con los consejos evangélicos que marcan nuestro camino de conversión ecológica.

## **La función de servicio de la autoridad y la obediencia**

Cuando consideramos los papeles tanto del "servicio de autoridad como de obediencia", siempre debemos verlos desde una perspectiva integrada, con un mismo propósito. La autoridad dentro de la congregación se recibe de la Iglesia y se otorga temporalmente durante un cierto período en función de las necesidades. Esta autoridad temporal es un don y una gracia que el Señor nos concede para ser instrumentos de su unidad, guía para la comunidad a luz de su Palabra y del carisma. Quien ejerce la autoridad debe estar siempre atenta a la mejor manera de utilizar este don. Debemos ayudar a nuestras hermanas a responder de buen grado a la voluntad del Señor y a dialogar con un corazón abierto y confiado. Mientras meditamos la Palabra de Dios y la compartimos entre nosotras, tengamos la seguridad de que el Espíritu Santo nos traerá luz para nuestra misión común.

Recordemos las palabras de la Madre Adela. Sus cartas hablan de cómo afrontaba su servicio y del sentido interior con que lo vivía:

*“Una superiora tiene aún mayor necesidad de este espíritu de desprendimiento, porque tiene que doblegarse sin cesar, renunciarse sin cesar, si quiere cumplir sus deberes. No vivamos ya para nosotras, considerémonos al servicio de nuestras hermanas, atentas a servir las con toda caridad en sus necesidades espirituales. Ejercitemos interiormente una especie de obediencia oculta: estando siempre dispuestas a recibir las, a acogerlas con un aspecto de bondad, pese a nuestras ocupaciones. Una superiora ya no se pertenece”.* (Carta, 369.9, 1 de marzo 1820)

*“Todos los días me doy cuenta de lo fastidioso que resulta mandar a las demás sin haber aprendido una misma a obedecer. Yo cambiaría con mucho gusto mi puesto de superiora con el de la última novicia. Pero en fin, tratemos de sacrificarnos en la difícil tarea de formar a las esposas fieles del rey de reyes que le desagaviarán por nuestras negligencias”.* (Carta 379.3, 24 de mayo 1820)

Para aceptar en la fe y con alegría la misión que se nos confía se requiere ante todo una actitud de "escucha". Debemos permanecer siempre disponibles y pedir la luz del Espíritu Santo para decir "sí" a la voluntad de Dios que nos habla por mediación de la autoridad. A veces, los obstáculos en nuestro interior nos dificultan acogerla. Para superar estas dificultades y conflictos, debemos encontrar la manera de comunicarnos bien. Al mismo tiempo, debemos recordar que nuestra respuesta a través de la autoridad es una respuesta a Dios presente en nosotros. Esto requiere paciencia y confianza

mutua. Nuestro "sí" no termina una vez pronunciado, sino que es una obediencia que debe continuar fielmente en cada momento de la vida y, como Cristo, hasta la muerte.

Concluyendo nuestras reflexiones sobre el cuidado de nuestra casa común a través del servicio de la autoridad y la obediencia, busquemos la solidaridad con el mundo y anhelemos la curación de las heridas de toda la creación en el misterio de amor de la Trinidad. Cada una de nosotras tiene la responsabilidad de cuidar de las demás criaturas. Con una visión de ecología integral, queremos cooperar para proteger la creación y comprender mejor las relaciones que nos unen. Como religiosas marianistas, debemos respetarnos, tener misericordia y compasión, y apoyarnos mutuamente para poder responder con alegría y fe a la misión que se nos ha confiado. Responder sin cesar al grito de la creación exige nuestra conversión y nuestro testimonio de cuidado de la vida. Volvamos a nuestra misión con la fe de María, que dijo: *"He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra"* (Lc 1,38). Con nuestro testimonio, motivemos a los jóvenes a responder a la llamada del Señor y a tener el deseo de construir juntos nuestra Casa Común. Estemos abiertas y atentas a los signos de los tiempos y protejamos nuestra creación con nuestra oración incesante.

¡Feliz fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María!



Sr. Susanna Kim  
Madre General